

ALFONSO CUÑADO

Caleidoscópica pintura

El mundo ha sido creado para ser recreado
Georges Duhamel (1884-1966)

La habilidad es lo que permite hacer ciertas cosas.
La motivación determina lo que se hace. La actitud cuán bien se hace
Lou Holtz (1937)

Proemio. Gracias, tres

Fue cuando la primavera salmantina de 2019 estaba dando sus últimas bocanadas cuando hablé por primera vez, telefónicamente –su número me lo facilitó el “visible/invisible” Andrés Alén-, con Alfonso Cuñado, pintor salmantino –aquí nació, en la ciudad del Tormes, en 1953- al que seguía la pista desde hacía ya unos cuantos años, desde que comencé a ver su obra, instante en el que su pintura me ganó, me cautivó sin remedio. Por aquellas fechas, Chema Sánchez –magnífico compañero de aventuras y tribulaciones expositivas en estos últimos tiempos- y quien estas líneas escribe estábamos dando los últimos retoques –eso creíamos, ingenuos de nosotros- a la exposición *Salamanca, paisaje urbano. De sueños, ensueños y miradas* que, organizada por el Casino –con el inestimable apoyo de la Diputación y del Ayuntamiento de Salamanca-, tuvo lugar del 7 de septiembre al 27 de octubre. La conversación fue muy amena y fluida –al haberle puesto ya a Alfonso en antecedentes nuestra “celestina” particular-, y puede resumirse, sin alejarnos demasiado de lo expresado en realidad, en: “Estoy encantado de participar en la exposición que estáis preparando. Puedo hacerlo con un cuadro pintado hace apenas unos años, y si me dais unas semanas podría presentar otro realizado *ex profeso* para la ocasión”. La respuesta, no podía ser otra, fueron dos sonoros y rotundos síes. Por aquello, gracias. Debo señalar que ambas obras, *Paseo por el casco antiguo* (2015) y *Nocturno en la calle Toro* (2019), forman también parte del catálogo de esta muestra individual.

Apenas habían transcurrido unas semanas desde la clausura de *Salamanca, paisaje urbano*, aún no se había consumido la primera mitad del mes de diciembre, cuando volví a contactar con Alfonso Cuñado. Todavía conservo los breves whatsapps que nos cruzamos. Creo que tampoco era necesario decir mucho más: “Hola, Alfonso. ¿Qué tal? Cuando tengas un momento, me gustaría comentarte una cosilla. Vamos, que Chema y yo ya estamos embarcados en otra exposición. Saludos”. Su contestación fue inmediata: “Puedes llamarme ahora o te llamo, como quieras”. Lo sucedido después, no creo que sorprenda a nadie. Él pasaba a formar parte del elenco de artistas, hasta un total de treinta y seis, reunidos en *Pinceladas urbanas. Matices de Salamanca y provincia*, exposición nonata a causa de la maldita COVID-19. Organizada, una vez más, por el Casino, contó en esta ocasión con el patrocinio de la Diputación y La Gaceta de Salamanca. Programada su inauguración para el 14 de marzo de 2020, víspera de los *idus martiae*, y su clausura para el 3 de mayo, Alfonso Cuñado aportaba a la muestra su obra *Puerto de Béjar* (2016), en realidad, su particular visión/lectura de esa localidad serrana. Por eso, gracias.

Finalizaba ya el mes de enero de 2020, en concreto, al día siguiente de haber asistido al funeral de la inolvidable pintora salmantina María Cecilia Martín Iglesias, sencillamente, de María Cecilia –R.I.P.-, cuando Alfonso Cuñado me escribió un escueto, aunque enigmático, mensaje: “¿A qué hora puedo llamarte? Necesito hablar contigo. Un abrazo”. Recuerdo que tras leer la nota, telefoneé raudo al pintor –the curiosity killed de cat-, que no se anduvo por las ramas. No era necesario, ni mucho menos. Me dijo: “La Diputación de Salamanca ha programado entre sus actividades, para finales de este año, una exposición individual mía”. Me alegré, y le felicité efusivamente. A renglón seguido, creo que aún no había acabado de darle mi

enhorabuena, cuando me comentó (o espetó), así, sin anestesia, que había pensado en mí para que escribiera el texto del catálogo. No podía negarme –cuando solicité su colaboración siempre estuvo ahí-, es más, me hizo, aún me hace –incluso cuando ya empieza a apremiar el tiempo de entrega de las hojas prometidas-, una enorme ilusión. Por esto, por haberte acordado de mí, Alfonso, igualmente, gracias.

Nudo. Primera parte. *Al final del camino, sobre todo, el Taller del Prado*

Aún recuerda Alfonso Cuñado con pasión los nombres de sus profesores del Bachillerato, que cursó en el Maestro Ávila, Celso y Antonio García, aquellos con los que inició su formación en el campo artístico, y su paso –a la vez que realizaba sus estudios de Ciencias Químicas- por las Escuelas de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos –hoy Escuela de Arte y Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales- y de Nobles y Bellas Artes de San Eloy de Salamanca, donde el magisterio de Andrés Abraido del Rey (1915-2017) resultó clave en su aprendizaje inicial. Fue por esas fechas cuando, con apenas veinte años cumplidos, tienen lugar sus primeras exposiciones, en el Ateneo de Salamanca en 1973 y en la Caja de Ahorros de Segovia en 1975. En los 80 su vida laboral le llevó hasta Valladolid, época en la que de manera especial se dedicó a la acuarela, pasando a finales de esa década a vivir en Madrid –allí trabajó como químico en el Ministerio de Defensa-, donde permaneció hasta 1997, momento en el que volvió a su Salamanca natal. Y fueron esos años, sobre todo los primeros, los que van de 1989 a 1992, los que, sin duda alguna, marcaron su devenir en el campo de la pintura. Esencial resultó su paso por la Academia “Taller del Prado” –un lugar en el que se respiraba “un buen ambiente” y que resultó ser “un caldo de cultivo interesantísimo”, en palabras suyas-, y por el Círculo de Bellas Artes, donde asistió a clases de dibujo del natural, y donde descubrió y captó –eso nos confesó un día- “el ritmo de la línea”. Desde entonces, desde comienzos de los 90, ha realizado numerosas exposiciones, tanto colectivas como individuales, en diferentes museos y galerías nacionales –como la salmantina Artis, las madrileñas Alfama, Galería 34, Pilar Barrio y Sokoa –espacio fundamental, primordial, en su desembarco en Madrid-, la burgalesa Paloma 18, la ovetense Murillo y la valenciana San Vicente, entre otras, y últimamente la malacitana Benedito, la leonesa Bernesga, y, sobre todo, la zamorana Espacio 36-, ha participado en las principales ferias de arte y ha recibido destacados premios y distinciones. Su obra cuelga en las paredes de importantes colecciones privadas y en varias instituciones públicas como, y por citar sólo el ámbito salmantino, el Ayuntamiento y la Diputación, además de la Fundación La Gaceta Regional. Pero, donde Cuñado tiene hoy en día su principal mercado, donde realmente está triunfando –allí vende la mayor parte de lo que pinta, reconoce que a ese mercado se dedica casi de manera exclusiva- es en Shanghái (China) y, de manera muy destacada, en la Feria de Arte “Art Revolution Taipéi” (Taiwán), donde viene participando con stand individual como artista invitado por el Comité Organizador de manera ininterrumpida desde 2013. En fin, quizás Alfonso no esté de acuerdo conmigo pero, ya saben lo que dice el refrán de origen bíblico: nadie es profeta en su tierra, o sí, porque si no me fallan las cuentas han sido ya veinte las veces en las que sus obras han formado parte en muestras celebradas en Salamanca, si bien es cierto que sólo en tres ocasiones han sido exposiciones individuales, teniendo lugar la última hace ya unos años, en 2008, también aquí, en el Palacio de La Salina de la Diputación. Y para esta ocasión el pintor ha hecho una tentadora y fascinante selección de obras que, marcadas por su gran calidad artística y su alta carga evocadora, han sido pintadas casi en su totalidad con posterioridad a 2015, pero, no obstante, algunas, muy pocas, nos llevan hasta el 2013.

Nudo. Segunda parte. *El cuadrado como referencia*

Aquellos que me conocen saben que soy un enamorado de los formatos de los cuadros –quizás algo tenga que ver que, en su momento, dirigiera el Grado de Salamanca defendido en 2011 por Mario Criado Pérez titulado “La medida original. El problema de los formatos en la pintura de Velázquez”-, sobre todo de los rectángulos armónicos, y especialmente de la sesquiáltera

(proporción 2/3), la sesquitercia (3/4) y la sesquiocitava (8/9), sin olvidarnos, por supuesto, del rectángulo geométrico por antonomasia, el áureo (proporción 1/φ). En este sentido, creo, en realidad, estoy casi convencido, que Alfonso Cuñado también lo es; y no sólo eso, es más, considero que, de alguna manera, ha asumido como paradigma de su obra un formato muy determinado, el cuadrado, la proporción 1:1. Y digo esto porque, sabiendo que Cuñado es un pintor al que le gusta controlar su obra desde el inicio de la gestación de la misma —él monta el bastidor, por lo general un contrachapado, que pasa a ser un lienzo de lino al 100% en las obras de gran tamaño; prepara la imprimación, un gesso acrílico, normalmente; e incluso elige la moldura y realiza el marco de la obra cuando ésta ya está terminada, acto final que considera capital-, quedando muy poco o nada al azar, tampoco creo que sea casualidad que la mayor parte de sus cuadros respondan, con precisión milimétrica, al aludido formato cuadrado, pues suelen medir —hablo siempre en centímetros-, 33x33 y 50x50, los de pequeño tamaño; 81x81, en algunos casos no tan excepcionales; 100x100, los más abundantes, quizás porque es la superficie con la que se siente más cómodo, más a gusto, o por lo menos eso es lo que a mí me parece; o 150x150, los más grandes. Dicho esto, en ocasiones también nos podemos encontrar alguna rareza, algún capricho del artista —alguna obra, muy pocas, responde a una sexta menor (proporción 3/5)-, junto a otros formatos que, como la sesquicuarta (4/5) y la sesquitercia (3/4), empiezan a ser también en los últimos años, poco a poco, una constante habitual en el universo de nuestro pintor. Y, llegados aquí, ya es hora de aparcar el soporte y el formato, ya es hora de acercarnos a la pintura de Alfonso Cuñado —hasta ahora la habíamos mirado sólo de lejos-, de gritarla a los cuatro vientos, porque cuando por fin nos detenemos delante de ella —haciendo nuestras las palabras con las que Philippe Claudel alude a la niebla en su libro *Aromas*-, “se huele tanto como se ve, se sueña tanto como se percibe”, pero, además, y a fe que lo consigue, alimenta nuestras ensoñaciones, porque sus pinturas —que lloran su jugo al igual que los tomates de Claudel-, nos “sisean, gorgotean, cuchichean y farfullan” al oído. Y es entonces, cuando por fin nos adentramos de lleno en su pintura, cuando se nos descubre, ante nuestros ojos, una imagen caleidoscópica de referencias visuales donde los detalles se solapan, donde el todo se impone. “En mi pintura —nos confiesa, mientras seguimos degustando sus cuadros en su estudio-, huyo del detalle, es el conjunto el que debe prevalecer por encima de todo”.

Nudo. Tercera parte. “Siempre mancho con cierta intención el cuadro”

Cuando hablas con Alfonso Cuñado sobre el proceso creativo de su obra, su relato le lleva a decirnos que apenas dibuja, que parte, casi siempre, de una mancha inicial de color, de colores, un tanto abstracta para el observador ajeno, pero que siempre encierra una cierta intención hacia lo figurativo. También nos cuenta, quizás nos lo insinúa *sotto voce*, que le gusta trabajar las primeras capas —la profundidad de la obra, como a él le gusta decir- con acrílico, quedando las más superficiales a merced del óleo. Pintor de cuidada y depurada técnica, “resulta imposible llegar con la espátula a los registros que posee este artista”, en palabras de Ángel Almeida. Maestro consumado en el uso, en el manejo, de las espátulas —no podemos referirnos a ella en singular, son muchas las que pueblan la mesa de su estudio, y de tamaños y materiales muy variopintos (acetato, silicona, madera, acero, “casi todos me sirven”, nos dice); espátulas que en sus cuadros dejan marcas policíacas, huellas que en ocasiones él tamiza con unas sutiles veladuras finales aplicadas con el pincel.

Estábamos en su estudio, contemplando —quizás, yo, hasta un tanto ensimismado- sus cuadros, cuando, de repente, Alfonso, muy serio, con gesto circunspecto, me dijo, o a lo mejor me confesó: “La luz. Para mí, en mis obras, lo más importante es el estudio de la luz. En realidad, la luz resuelta con color. La hora azul”. Creo que mis ojos, mi mirada, mi gesto —aún el uso de la mascarilla no era obligatorio-, me delataron. El pintor insistió, ese aspecto era/es primordial para él. “Sí, me refiero a esa luz azul que cubre, que lo envuelve, todo, cuando el día está a punto de acabar, cuando ya apenas queda nada para que se inicie el anochecer”. Sonreí. Dije: “Ya, la luz crepuscular de tus paisajes urbanos nocturnos”. También él sonrió, y apostilló:

“En la luz y en la sombra hay color, colores, y me encanta el azul de las sombras”. Por cierto, casualidad o no, seguro que no, su espacioso, armónico y ordenado estudio destila, sobre todo, luz natural, directa, indirecta, filtrada, tamizada. Su casa, hogar, también. A estas alturas de la historia, no creo que le sorprenda a nadie.

En los cuadros de Cuñado, sin duda, lucen infinitos ocre, amarillos, naranjas –seguro que algo tiene que ver la piedra de Villamayor y sus incontables matices-, y se funden innumerables violetas, azules –no podía ser de otra manera-. Esos están, se aprecian, y no se confunden. Las presencias marcan, pero las ausencias definen. Y en la obra de Alfonso apenas asoman los verdes, carece –carecía casi total- de rojos. “¿Por?”, pregunté. El pintor esbozó una sonrisa, y se encogió de hombros. Todo estaba dicho, o, por lo menos, a mí me sirvió. En definitiva, cuando Alfonso Cuñado pinta, el gesto y la concentración son los de un amanuense medieval. Soporte, cuadrado, bata blanca, espátulas alineadas –siempre en orden, predispuestas para emprender el camino-, óleos, acrílicos, y cubiletes –bastantes, y algunos de porcelana- repletos de pinceles. Análisis, intención, mancha, construcción, geometría, recomposición, y, sobre todo, deconstrucción –quizás la palabra que más repite cuando habla de su obra-. Todo eso, que es decir mucho, encierra la luminosa, excitante y embriagadora pintura de Cuñado –droga legal, engancha, y mucho-, que es explosión de color, de miles de cristales de color, y encanto.

Desenlace. “Elijo lo que me hace disfrutar”

En más de una ocasión le he formulado la misma pregunta a Alfonso. Su respuesta, tras negar reiteradamente con la cabeza, siempre ha sido la misma: “En mi obra no se pueden establecer etapas. No las busques, no las hay. Sencillamente, disfruto pintando. Elijo lo que me hace disfrutar”. Y en esa elección se van sucediendo distintos temas, todos presentes en esta exposición, no falta ninguno, aunque en algún caso lo estén sólo con una obra. Aquí aparecen sus naturalezas muertas –quizás la materia más permanente en su obra-, sus desnudos –pintura de la suavizada calidez de la piel-, sus paisajes, y también los urbanos, sus maternidades –retrato de un instante robado de intimidad cotidiana, de inmensa humanidad-, y, junto a ellas, la lectura –Jorge Luis Borges hizo que más palabras no fueran necesarias: “Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros; hay quien no puede imaginar un mundo sin agua; en lo que a mí se refiere, soy incapaz de imaginar un mundo sin libros”. María Victoria Atencia e Ida Vitale (XXIII y XXIV Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, tienen unos poemas dedicados al Libro que son canela en rama. Y no menos asombrosa resulta la viñeta de Mafalda: ¿No sería maravilloso el mundo si las bibliotecas fuesen más importantes que los bancos?)-. Y, además, nos acompañan la danza y la música –los asuntos más recientes, los últimos en llegar a su repertorio, por ahora. Música que sale, rebasa, atrae, roza, envuelve, hechiza-. Tampoco falta el tema taurino –corren malos tiempos para la tauromaquia fijada en Arte- y su serie de las Meninas –Velázquez como inspiración. Sabia elección, sin duda. ¿Otros referentes?, pregunté. “Los impresionistas, los postimpresionistas, el gran Joaquín Sorolla, Marc Chagall, y en el desnudo fue clave Lucian Freud”. Se quedó pensativo, apenas unos segundos, y añadió. “Joaquín Mir, sí, él también ha sido muy importante”. Cada aficionado tendrá sus preferencias personales en esta exposición que, concebida a manera de singular mosaico de diálogos, busca emocionar; pero yo debo volver al origen de mi relación con el pintor, y ahí está el paisaje urbano; ese que muchas veces por cotidiano se vuelve invisible, ese que de manera inapreciable a nuestros ojos muta constantemente y, en ocasiones, muy deprisa. Ya lo dijo Charles Baudelaire: “Por desgracia, el aspecto de una ciudad cambia más deprisa que el corazón de los mortales”. Y Alfonso Cuñado está entre los pintores que llegan a captar y capturar esos cambios, incluso por pausados e insignificantes que sean, está entre esos que consiguen perpetuar/crear el paisaje urbano.

A lo largo de su ya extensa trayectoria creativa, su pintura se ha caracterizado por ser, en palabras de Sela del Pozo Coll, “transmisora de una sensibilidad consciente y constante”; una sensibilidad que nos transporta a un estado pleno de sensaciones y emociones. Pinta la realidad, pero lo hace huyendo del realismo, no se considera, no lo es, un pintor realista.

“Pintura que siendo real, la idealiza y la envuelve en bello perfume poético”, según Juan Navarro Cruz. Sus cuadros se llenan de “realidades reconocibles pero profundamente diferentes del natural (...) Quizá por eso su arte nos resulte bello: porque no busca la sorpresa o el impacto visual, sino la comunión entre el artista y sus representaciones, entre unos motivos esclarecidos y un velo técnico sutil y trabado”, escribió la ya referida Sela del Pozo.

Adenda. Caleidoscópica pintura

Y me van a permitir retornar aquí, para finalizar, a una preciosa reflexión –que últimamente me persigue, quizás en exceso, ¡The melody haunts my reverie!, como diría Roy Lichtenstein-, expresada hace ya dos décadas por Vaquero Turcios (1933-2010): “Solo, frente al paisaje, (el artista) se interroga. Cuando lo mira, no lo ve. Se ve siempre a sí mismo delante del misterio”. Esperemos que el visitante/espectador que haya recorrido con la pausa necesaria esta exposición, y se haya enfrentado a sus obras –o en su defecto ahora, cuando esté disfrutando de las imágenes de este catálogo-, se haya interrogado lo suficiente. Y que cuando las haya mirado, ojalá que las haya visto, o no, quién sabe. Pero, ante todo, que cuando las haya contemplado, con el necesario tiempo de reflexión –no cometamos el error de que lo urgente no deje tiempo para lo importante (los estados de whatsapp se han llenado estos días de esta reflexión de Quino)-, se haya sentido por y para siempre “delante del misterio”, de ese misterio que fue, es y seguirá siendo la múltiple y cambiante, en definitiva, ya lo hemos dicho, la caleidoscópica –pocos adjetivos, así lo creemos, la definen con tanto acierto- pintura de Cuñado. Y llegados a este punto, ya debo callar –ya se lo decía Don Quijote a Sancho, “donde hay obras, las palabras sobran”-, y dejar que sean los sentimientos, los que nacen en nosotros al apreciar las obras de nuestro admirado Alfonso, los que hablen. En realidad, algo apuntó en esta línea Giacomo Casanova –en *Historia de mi vida*, “Sé que existí; lo sé porque sentí. Por eso sé también que, cuando ya no sienta, habré dejado de existir”-, y nos dejó escrito el gran José Saramago en su celeberrimo *Ensayo sobre la ceguera*: “Quiere decir que tenemos palabras de más. Quiero decir que tenemos sentimientos de menos. O los tenemos, pero dejamos de usar las palabras que los expresan, y, en consecuencia, los perdemos”.

Colofón

Y contra toda perspectiva utilitarista, Italo Calvino nos recuerda que los clásicos mismos no se leen –nosotros vamos a añadir también, no se ven, esperando que nadie se enoje-, porque deban servir para algo: se leen –se ven- tan sólo por el gusto de leerlos –de verlos-, por el placer de viajar con ellos, animados únicamente por el deseo de conocer y conocernos. Así que, no llevemos la contraria a Calvino, hagámosle caso, y disfrutemos de esos momentos sublimes, siempre inolvidables, que nos ofrece la luminosa, colorista y hermosa pintura del salmantino Alfonso Cuñado.